

llo era... Una vez enterrado el comerciante, sus hijos diéronse gran prisa en buscar el dinero, pero nadie lo halló en parte alguna. Entonces, uno de ellos pensó que podía hallarse tal vez en el almohadón que le pusieron debajo de la cabeza, en el ataúd... Se enteró del suceso el Emperador, y éste permitió que se abriese la sepultura. Y qué pensáis que hallaron?... En el almohadón no había nada; pero el ataúd estaba lleno, lleno enteramente de gusanos: he aquí lo que hace el dinero!...

—Ya es sabido, ya es sabido,—murmuró el viejo Dutlov.—No hace más que grandes pecados!

Después de esto se levantó el anciano y se puso á orar, y luego de haber orado un buen rato se acercó á su sobrino y se quedó mirándole. El pobre dormía... Dutlov aflojó un poco sus vestidos y se tendió en el suelo para dormir.



IX

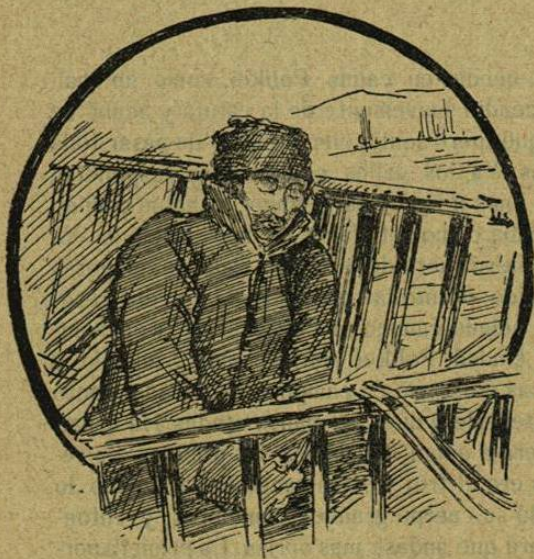
Polikei va acercándose á su desgracia

CUANDO volvió todo á quedar en calma, Polikei, como un malhechor hiciera, descendió suavemente de la estufa y acabó de vestirse. No sabía por qué, pero sentía cierto miedo de pasar toda la noche con los reclutas. Ya los gallos cantando se respondían más frecuentemente los unos á los otros. Tambor se había comido ya toda su avena y buscaba cómo satisfacer su sed. Ilitch lo engancho á la carreta y lo llevó fuera del establo. Palpóse el gorro y halló intacto su contenido; pronto las ruedas de la carreta resonaron de nuevo sobre el helado camino de Pokrovskoie, y en cuanto hubo dejado atrás la ciudad, Polikei sintióse más tranquilo y más dueño de sí. Mientras no se vió en campo raso, á cada punto le parecía que iban á detenerle y que, las manos atadas á la espalda, á él, en vez de Ilia, era á quien llevaban á las oficinas de reclutamiento. Unas veces era el frío y otras veces era el miedo lo que hacía correr por todo su cuerpo grandes temblores, y entonces pegaba á Tambor para que andase más aprisa. La primera persona que halló en el camino fué un sacerdote, con un gran bonete de invierno, acompañado de un trabajador de muy mala catadura, y Polikei sintió todavía más fuertes temores, temores que á medida que se fué alejando más y más de la ciudad fueron disipándose.

Tambor iba al paso, y la claridad del día iba aumentando poco á poco. Se quitó el gorro y palpó otra vez su dinero. «Si me lo metiese en el bolsillo? pensó. Pero tendría que quitarme el cinturón; allá abajo me pararé un poco, y lo arreglaré... Aunque, como el forro del gorro está sólidamente cosido por arriba y por abajo, no es fácil que se salga el sobre... y hasta fuera quizás mejor que no lo quitara del gorro hasta llegar á casa». Cuando Tambor sentía bajo sus patas las pendientes del camino, el pobre animal galopaba, y Polikei que, tanto como el mismo Tambor, deseaba llegar al pueblo, no le retenía lo más mínimo. Todo iba con el mayor orden, así al menos él se lo imaginaba, y se lanzó á forjar los más agradables ensueños: el reconocimiento de la señora por el servicio prestado, la cual le daría además cinco ó seis rublos, pareciéndole también que veía ya la alegría de su mujer y de sus hijos.

Se quitó otra vez el gorro, palpó el precioso sobre, se lo metió de nuevo en la cabeza más adentro que antes, y se sonrió...

El peludo de su gorro estaba ya podrido, y precisamente porque la noche anterior Akulina había lo recosido por los sitios rotos,



se rompió por otro lado, y cuando, todavía en medio de la oscuridad, al hundirse el gorro en la cabeza pensó Polikei que metía aun más adentro el sobre en que iban los billetes, éste sacó una de sus puntas á través del forro y se salió fuera. Llegadas las primeras horas de la mañana, Polikei, que apenas había dormido en toda la noche, se acomodó en el asiento de la carreta y se adormeció... mientras la punta del sobre iba saliendo cada vez más

hacia fuera, y, durante el sueño, dió Polikuchka varias cabezadas contra la baranda de la carreta. Ya cerca del pueblo se despidió

y su primer movimiento fué llevarse la mano al gorro, y hallándolo sólidamente encasquetado aun no lo quiso examinar, bien seguro de que el sobre con el dinero se hallaba dentro del forro. Dió algunos golpes á Tambor para que acelerase el paso, arregló un poco su persona y tomó otra vez sus aires de importancia, mirando á todos lados con cierta cómica gravedad... «Allá está la cocina, más allá el pabellón de la servidumbre; por allí va la mujer del carpintero, llevando no sé qué en la mano... Más lejos se ve la oficina y detrás la casa de los señores, en donde se demostrará muy pronto que Polikei es un hombre honrado y seguro, á quien sin embargo todo el mundo ha podido calumniar... Y la señora dirá: Muy bien, Polikei; toma para tí... tres... cinco... ó quizás diez rublos! Y luego ordenará que me den una gran taza de té... ó quizás aguardiente, que por cierto con el frío que hace no me vendría del todo mal. Con diez rublos vaya si nos recreemos la próxima fiesta, y hasta podré comprar unas botas nuevas, y devolver á Nikita cuatro rublos y medio, con lo cual tal vez me deje en paz...». Apenas si le faltarían cien pasos para llegar á casa, cuando Polikei se arregló otra vez el cinturón y maquinalmente se quitó el gorro, metiendo dentro la mano, sin precipitación ninguna, bien seguro de hallar el sobre con el dinero...

Pero la mano de Polikei se agitó nerviosamente, y tirando las riendas metió también la otra mano dentro, mientras su rostro palidecía horrorosamente y un frío de muerte corría á través de su espinazo... y entonces una de sus manos salió por la otra parte del gorro. Polikei cayó de rodillas dentro de la carreta, paró el caballo y empezó fébrilmente á registrar todo, el heno, las compras que llevaba, todos sus bolsillos... El dinero no parecía.

—Por mis abuelos!... Qué es esto?... Qué es lo que va á suceder?—gimió el pobre mesándose los cabellos. Y recordando de pronto que podían verle de aquel modo, obligó á Tambor á volver sobre sus pasos, se hundió otra vez el gorro en la cabeza y lanzó el caballo carretera abajo, al cual extrañó y disgustó esta maniobra.

«No me agrada ir con Polikei, pensaría el pobre animal; una vez en su vida me ha dado á tiempo el pienso, y ha sido tan sólo para jugarme luego una mala pasada. He corrido lo más posible para llegar pronto á casa; estoy ahora cansado, y apenas empezaba á oler el excelente heno de mis pesebres, he aquí que me obliga el mal hombre á volver grupas...

—Corre! bestia del diablo!...—gritaba Polikei, á través de sus lágrimas, de pie en la carreta, tirando con fuerza de las riendas y pegando brutalmente al mísero Tambor.



X

Llega Polikei al final de su desgracia

DURANTE todo el día, nadie en Pokrovskoie vió á Polikei. La señora preguntó por él varias veces después de comer, y la corredora Axutka iba cada vez á casa de Akulina, y cada vez contestaba Akulina que su marido no había vuelto aun, que sin duda el jardinero le había entretenido ó que quizás le había pasado algo al caballo. «Tal vez se ha puesto cojo, como la última vez que salió. Maxim estuvo todo un día desde la ciudad al pueblo y tuvo que hacer todo el viaje á pie». Y Axutka dirigía de nuevo sus balancines hacia *arriba*, y de nuevo volvía Akulina á forjarse otras causas que explicasen el retraso de su marido, tratando en vano de tranquilizarse. Su corazón se iba entristeciendo y no hacía ninguna clase de preparativos para la fiesta de mañana, que un momento creyó sería la más feliz de su vida. Y aumentaba todavía su tormento el hecho de que la mujer del carpintero afirmaba que había visto por la mañana «un hombre, lo mismo, lo mismo que Polikuchka, y que al estar ya muy cerca del pueblo volvió grupas y se alejó de nuevo».

Los niños estaban también impacientes por el retorno de su padre, pero por causas muy distintas. Anutka y Machka no podían hacer uso del peludo para salir á la calle, lo que hacían por

turno, y así quedaban condenadas á permanecer en casa, donde metían un ruido infernal, corriendo y atrapándose la una á la otra, con lo que molestaban no poco á los vecinos del pabellón que entraban ó salían; una vez Machka tropezó con la mujer del carpintero que venía de buscar agua y, aunque enseguida se puso á chillar desafortadamente, no le impidió esto recibir algunos golpes de la iracunda mujer, con lo cual lloró todavía más fuerte. Cuando no se topaba con nadie, se subía como un gato encima de la estufa... Solamente la señora y Akulina se inquietaban seriamente por la tardanza de Polikei, por Polikei mismo, pues los niños lo que echaban de menos eran las cosas que sin duda traería de la ciudad. Cuando aquella tarde daba Egor Mikhailovitch cuenta á la señora de los asuntos de la casa, al preguntarle si Polikei no había vuelto todavía y dónde podría hallarse á aquellas horas, el intendente sonrió y dijo estas solas palabras: «Yo no lo puedo saber», pero se veía claramente que estaba satisfecho de que se fueran justificando sus suposiciones, y después de una pausa añadió dándose importancia: «Llegará probablemente esta noche».

Durante todo el día, nadie en Pokrovskoie supo nada de Polikei. Muy tarde ya, se dijo solamente que unos campesinos le habían visto corriendo por la carretera, sin gorro en la cabeza y preguntando á todo el mundo «si habían hallado la carta». Otro dijo también que le había visto como durmiendo sentado al borde del camino, junto al caballo y la carreta, añadiendo: «Me ha parecido que estaba borracho y que el caballo no había comido ni bebido desde hacía lo menos dos días». Akulina no durmió en toda la noche, escuchando siempre si oiría los pasos de Polikei; pero tampoco llegó Polikei durante toda la noche. Si hubiera estado sola ó hubiese tenido quien la sirviera, Akulina se sintiera aun más desgraciada, más triste, pues la hubiera dominado más el dolor; pero apenas hubieron los gallos cantado por la tercera vez, cuando se levantó la mujer del carpintero, y hubo de levantarse también Akulina y dirigirse como todas las demás á la estufa. Era día de fiesta, y era preciso sacar el pan antes que llegase el día, preparar el desayuno, muñir la vaca, recoser las ropas y las camisas, levantar de la cama á los pequeñuelos, traer agua para los quehaceres domésticos y no permitir que la vecina ocupase ella sola toda la estufa.

Akulina, sin dejar de escuchar y de atender los menores ruidos, empezó sus faenas cotidianas. Llegó con toda su claridad el día, y empezaron á tocar las campanas de las iglesias. Los niños estaban ya todos levantados, y Polikei no había vuelto todavía. La vis-

pera había helado, y la nieve cubría desigualmente los campos, los caminos y los techos de las casas; pero aquel día, como si lo hiciera expresamente por ser fiesta, presentábase hermosísimo, con un sol espléndido y una atmósfera pura y transparente, aunque bastante fría, de manera que se podía ver y oír desde muy lejos... De allí á poco, un momento en que Akulina estaba más absorta que nunca en sus faenas, junto á la estufa, entró Polikei; pero entró de tal modo, que ella ni se percató siquiera, y solamente lo advinó al oír los gritos y grandes exclamaciones de sus hijos.

Anutka, la mayor, se engrasaba los cabellos, en lo que empleó una buena parte de una candela de sebo, y se estaba vistiendo sola;



se ponía una especie de bata de algodón, de color rosa, regalo de la señora, y aunque no le venía bien del todo, se mostraba muy orgullosa la niña y excitaba la envidia de sus vecinas... Machka andaba todavía en camisa, y muy sucia, de suerte que su hermana no la dejaba acercarse por miedo de que la manchara. Machka estaba precisamente cerca de la puerta cuando entró su padre con un gran paquete, y al verle se puso á gritar: «Padre ha llega-

do!» y corriendo echóse sobre Anutka, la cual, sin miedo ya de ensuciarse el vestido, se puso á pegar brutalmente á la niña... Pero Akulina no podía en aquel momento dejar la estufa, y se limitó á gritar: «Basta! He de azotaros á todos!» y clavó ansiosamente la mirada en la puerta. Ilitch entraba en aquel momento y se

metía enseguida en su rincón. Pareció á Akulina que estaba su marido muy pálido y que su rostro tenía apariencias de haber llorado, al par que se dibujaba en sus labios una extraña sonrisa... pero apenas si tuvo tiempo Akulina de fijarse en ello.

—Ilitch, marcha bien todo?—le preguntó sin moverse de la estufa.

El pobre Polikei murmuró algunas palabras que ella no entendió.

—Cómo?—exclamó Akulina—has visto ya á la señora?

Ilitch se sentó sobre el lecho, y empezó á mirar entorno suyo, como si le extrañase lo que veía, y sonriendo con su especial sonrisa de hombre bueno y culpable; así se pasó un buen rato sin que dijese nada.

—Dime, Ilitch; por qué has tardado tanto?—le preguntó de nuevo Akulina.

—Oh! Akulina, he dado ya todo el dinero á la señora... Si vieras con qué efusión me ha dado las gracias!—dijo de pronto, como si fuera una lección aprendida. Y de nuevo se puso á mirar con profunda inquietud entorno suyo, y sonriendo como antes. Dos objetos atraían particularmente sus miradas, en que brillaba la fiebre: el pequeñuelo que estaba en la cuna y unas cuerdas que había encima de la cama. Polikei se acercó á la cunita y se quedó un momento contemplando al niño; luego cogió las cuerdas y se puso á desenredarlas... En aquel momento entró Akulina con el pan, y Polikei metióse rápidamente las cuerdas en el bolsillo y se sentó otra vez sobre el lecho.

—Qué te pasa, Polikei?... Diríase que no te sientes bien...

—Es que no he dormido,—dijo el pobre hombre.

De pronto algo pasó veloz por delante de la ventana y poco después entró como una flecha la doncella de arriba, Axutka.

—La señora ordena á Polikei Ilitch que se venga inmediatamente,—dijo.—Audotia Nicolaievna dice que sea inmediatamente...

Polikei miró á su mujer y luego á la doncella.

—Qué se le ofrece todavía?... Voy enseguida!—dijo con tanta naturalidad que no despertó en Akulina la menor sospecha, de modo que ésta pensó: «Querrá sin duda darle alguna recompensa».

—Dile que voy inmediatamente,—y diciendo esto Polikei se levantó y salió.

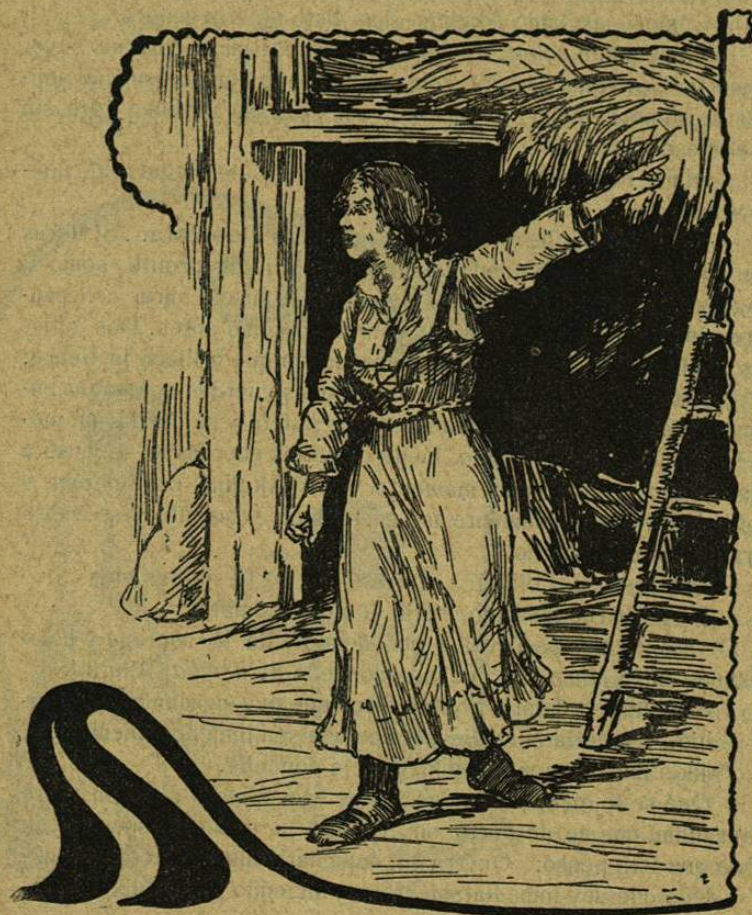
Akulina tomó un pequeño cubo, lo llenó casi de agua, le añadió una poca más de agua calentada en la estufa, se arremangó los brazos y probó con la punta de los dedos cómo estaba el agua.

—Ven, Machka, voy á lavarte.

Al oír esto la pequeñuela se puso á chillar.

—Ven, tontuela, después te pondré una camisa limpia. Vamos, basta de historias... Ven, que luego he de lavar todavía á tus hermanos.

Mientras tanto Polikei no seguía á la doncella de arriba, para ir á ver á la señora, sino que se dirigió hacia muy opuesto lado.



En el vestíbulo de la izba había junto á la pared una escalera muy recta que conducía al granero. Polikei, una vez fuera, miró entorno para ver si había alguien por allí, y, no viendo á nadie, subió rápidamente la escalera...

—Qué significa esto?... No viene Polikei...—decía la señora con cierta inquietud dirigiéndose á Duniacha que estaba peinándola.—Dónde se ha metido ese hombre, por qué no viene?

Axutka de nuevo corrió á la izba de los criados y de nuevo entró en casa de Polikei como una bomba, diciendo que fuese Ilitch inmediatamente arriba, pues la señora lo mandaba.

—Pero, si hace ya gran rato que ha salido,—contestó Akulina, quien después de haber lavado y arreglado á Machka acababa de meter en el baño á su pequeñuelo, y á pesar de sus grandes chillidos le estaba lavando la cabeza... El niño gritaba y, haciendo las muecas más horribles, agitaba sus manecitas como si quisiese agarrarse á algo; con una mano Akulina lo tenía en alto y con la otra le iba lavando.

—Anda, mira, que no se haya quedado dormido en algún rincón,—dijo Akulina, ya lleno el corazón de sobresalto.

En este momento la mujer del carpintero, á medio vestir y sin peinar todavía, subió al granero para recoger la ropa que tenía allí á secar. De pronto, estalló en el granero un grito horroroso, y la mujer del carpintero, como una loca, cerrados los ojos y de espaldas, más que bajaba, rodaba escaleras abajo, gritando:

—Ilitch... allá arriba... se ha ahorcado!...

Al primer grito, Akulina se levantó, y sin ver que al dejar al pequeñuelo éste rodaba como una pelota cayendo de cabeza al agua, con peligro de ahogarse, se lanzó fuera, topándose con la mujer del carpintero, que gritaba todavía:

—Se ha ahorcado... allá arriba!

Akulina empezó á subir la escalera, sin que nadie la pudiera detener; pero antes de llegar arriba lanzó un grito horrible y lo mismo que un cadáver se cayó escalera abajo, matándose seguramente si no la reciben en sus brazos algunos hombres que habían ya acudido.



XI

Polikei se lleva á su hijo pequeño

DURANTE algunos minutos fué imposible que nadie se entendiera en medio de aquella confusión general. La multitud que había acudido era enorme, y solamente entonces se podía dar una cuenta de que vivían realmente á montones en el «pabellón». Todos hablaban y gritaban á un tiempo, mientras los niños y las viejas lloraban. Akulina estaba desvanecida aun. Por fin, el intendente y el carpintero, que habían también acudido, subieron al granero, mientras la carpintera contaba por la vigésima vez de qué modo «sin pensar en nada», había subido al granero para recoger su ropa que estaba allí á secar y cómo vió de pronto un hombre... «Miro, y era Ilitch, el gorro de través, y sin tocar sus pies el suelo, balanceándose... Un frío horrible corre por todo mi cuerpo... Es posible? Un hombre se ha ahorcado y yo lo he de ver! Cuando caí escaleras abajo, con riesgo de matarme, ni yo misma lo recordaba ya bien, tan horrible era la cosa. Pero Dios me ha salvado; puedo decir que Dios me ha protegido!». Los varios hombres que se habían atrevido á subir contaban la misma cosa: Ilitch, en camisa y pantalones, se había colgado á una viga con las cuerdas que había

cogido en su *rincon*. El gorro le caía á un lado; se había quitado el caftán y demás abrigos dejándolos bien plegados allí cerca. Las puntas de sus pies casi tocaban el suelo, pero no daba ya la menor señal de vida. Akulina, ya vuelta en sí, quiso subir de nuevo la escalera, pero la retuvieron...

—Madrecita, Siomka se ha ahogado!—gritó de pronto desde la puerta de su casa la pequeñuela ceceante.

Akulina se dirigió allí corriendo. El niño, inmóvil, estaba en el fondo del agua, sin dar señales de vida. La pobre mujer lo cogió con presteza, pero el niño ya no respiraba, ni movía uno solo de sus músculos... Akulina lo tiró sobre el lecho y apoyándose en las dos manos rompió á reír tan horrorosamente que Machka, que se había puesto á chillar, se tapó las orejas y llorando corrió hacia la calle. La gente gritaba, lloraba, y muchos penetraban azorados en casa de Polikei... Alguien sacó fuera el niño ahogado, y empezaron á frotarlo, pero todo fué inútil... Akulina, tendida sobre el lecho, lanzaba tales carcajadas que cuantos llegaban á oír la quedaban horrorizados...

Todo el mundo iba y venía, hablaba á un tiempo, lloraba ó gritaba, pero nadie hacía nada. La mujer del carpintero encontraba siempre alguien que no había aun oído su historia y de nuevo contaba cómo se había profundamente afectado su sensibilidad con tan extraordinario espectáculo y cómo la había Dios salvado de una caída mortal en la escalera. El viejo cocinero, á medio vestir, contaba también cómo, en tiempos del antiguo señor, una mujer se había ahogado en el estanque. El mayordomo envió á buscar al policía del punto más próximo y al sacerdote y dispuso al pie del granero una guardia. Axutka, la corredora doncella de arriba, se quedó mirando hacia el granero y, aunque nada veía, se estaba allí como clavada, sin pensar en ir á dar parte de lo ocurrido á la señora. Agafia Mikhailovna, la doncella de la antigua señora, iba pidiendo té para calmar sus nervios y sollozaba amargamente, mientras la vieja Ana, con sus regordetas manos impregnadas de aceite de olivas, arreglaba sobre la mesa el cuerpo del pobrecito niño ahogado.

Algunas mujeres se habían quedado entorno de Akulina y la contemplaban en silencio. Los niños se apretaron contra uno de los rincones de la estancia, y primero chillaban, pero después se callaron y mirando á su madre se apretaron todavía más los unos contra los otros. Algunos chicuelos y campesinos miraban por la puerta ó á través de la ventana, y sin comprender lo que pasaba se lo preguntaban á alguno, el cual, ignorándolo también, contestaba

que el carpintero de un hachazo había roto la pierna á su mujer, ó bien que la planchadora había dado á luz nada menos que tres niños, ó bien que la gata del cocinero, rabiosa, había mordido á varias gentes. Pero, poco á poco, fué circulando la verdad de lo ocurrido, y al fin llegó á oídos de la señora, y aún parece que nadie se cuidó de prepararla. El brutal de Egor Mikhailovitch le contó el hecho sin atenuaciones de ninguna clase, haciendo en los nervios de la señora tanto efecto que le costó muchísimo ponerse sobre sí... La multitud comenzaba á calmarse. La mujer del carpintero encendió el samovar y empezó á repartir tazas de té; pero los extraños á la casa, á quienes no se les ofrecía té, hallaron poco conveniente permanecer allí por más tiempo y, unos tras otros, empezaban ya á desfilar. Los muchachos jugaban y se pegaban en el mismo dintel de la puerta. Todo el mundo sabía ya lo que había sucedido, y santiguándose se iban dispersando, cuando se oyeron gritos de: «La señora! la señora!» y callando todos de pronto se hicieron á un lado para dejarle libre el paso, queriendo todos ver lo qué iba á hacer allí la señora. La señora, llorando y extremadamente pálida, penetró primero en el vestíbulo y enseguida puso despacio los pies en el triste albergue de Akulina. Multitud de cabezas se apretaban unas contra otras y se adelantaban á la vez para ver lo que pasaba dentro. Una mujer embarazada se halló en tales apreturas que se puso á chillar y de esta suerte logró ponerse en primera fila... Quien no había de sentir deseos de ver á la señora en el rincón de Akulina? Para esa muchedumbre de siervos, venía á ser aquello lo mismo que un castillo de fuegos de artificio al final de las fiestas. Y era la señora realmente, con sus sedas y sus puntillas, la que había penetrado por la puerta de la desgraciada Akulina... La señora se acercó á la pobre infeliz y le tomó con gran cariño una mano. Akulina la retiró bruscamente, ante lo cual los campesinos menearon todos la cabeza en signo de desaprobación.

—Akulina, tienes hijos... ten piedad de ellos!—hizo la señora.

Akulina estalló en la más irrespetuosa carcajada y se levantó de la cama donde estaba aun echada.

—Mis hijos son todos de plata!... todos de plata!... Papeles yo no tengo ninguno...—murmuró la pobre precipitadamente—Yo se lo decía á Ilitch: no tomes nunca papeles, y ya lo veis... Le han untado con alquitrán, bien untado... Con alquitrán y con jabón, señora... ahora si que todos sus piojos, todos sus piojos, mientras uno quede, se marcharán más que deprisa, señora...—Y de nuevo se echó á reír estruendosamente.

La señora se volvió llena de pena y mandó que fueran á buscar al enfermero y de paso unas buenas mostazas.

—Dadle agua fría...—añadió; y ella misma se puso á buscarla por la estancia; en esto vió el lamentable cadáver del pobre niño... Y entonces pudo ver la multitud cómo la señora volvía á otro lado



la dolorida mirada y se enjugaba los llorosos ojos con el bordado pañuelo, mientras la vieja Ana cubría el yerto cuerpecito con un trapo para que la señora no lo viera, aunque tan buena acción pasó desapercibida á la señora, á pesar de que por ella únicamente lo hiciera, dando pruebas de su excelente corazón. Pero la señora no se percató de nada de eso, ni podía percatarse, pues no hacía más que llorar, presa de una violenta crisis nerviosa. Alguien la tomó por el brazo y la llevó fuera de la estancia... «No podía hacer más», pensaron muchos, y de este modo fueron desfilando poco á poco, metiéndose cada cual en su casa.

Akulina continuaba riendo á más y mejor y delirando. La lle-

varon á otro cuarto, le aplicaron sangrías, le pusieron sinapismos y finalmente hielo en la cabeza. Pero ella continuaba sin darse cuenta de lo que pasaba entorno suyo, ni de lo que había sucedido... No lloraba, no hacía más que reir, y reía de tal modo y decía y hacía unas cosas tan extravagantes que las buenas gentes que se habían quedado á cuidar de ella no sabían estarse de reir también.



XII

La noche de Polikei Ilitch

No se pasó muy alegre la fiesta en Pokrovskoie. Aunque el día fué hermosísimo, no salió la gente á divertirse; las muchachas no se reunieron para cantar sus canciones; ni los jóvenes, ni los trabajadores que acudían de los pueblos cercanos, se atrevían como otras veces á tocar el acordeón ni la *balalaika*, ni buscaban el modo de trabar agradables juegos ó pasatiempos con las muchachas. Todos se quedaban reclusos en sus propias casas, y si acaso hablaban hacíanlo en voz baja, lo mismo que si un espíritu malhechor, presente en la tierra, les pudiese oír. Durante el día, mientras la luz del sol brilló, menos mal; pero al atardecer, al ser la noche llegada, empezaron los perros á ladrar lúgubrementemente y, como si lo hiciera á postas, se levantó un furioso viento que empezó á silbar con furia chimeneas abajo. Los habitantes todos del pueblo fueron presa de un horror tan grande, que cuantos poseían cirios benditos encendiéronlos delante de las sagradas imágenes... Si alguno se hallaba solo en su casa, se iba á pedir hospitalidad á casa de un vecino, siquiera por aquella noche, con la mira de estar más acompañado; el que tenía necesidad de salir fuera ó de ir al establo, dejaba de hacerlo, pensando que por una noche no se morirían los animales de hambre; y el agua bendita, que cada uno guardaba en su casa, fué empleada en abundancia aquella terrible